

ber a ninguno de aquellos frailes (que por fuerza se querían entrar en su pueblo) mientras allí estuviesen. Concertaron más, que el domingo todos ellos, así principales como plebeyos, fuesen a oír misa a Tecali y a Tepeaca, donde había monasterios de frailes franciscos; y que ninguno quedase allí a oír misa, ni entrase a ver aquellos frailes. Lo cual cumplieron inviolablemente, que todo el tiempo que allí estuvieron aquellos venerables y sufridos religiosos no hubo indio, ni india, que les diese un jarro de agua, ni que entrase a ver si querían algo, de que ellos recibieron mucho desconsuelo y pasaron harto trabajo, porque ellos mismos iban de casa en casa a encender lumbre, cuando la habían menester. Y su comida eran algunas mazorcas de maíz que hallaron de la ofrenda de la iglesia, tostadas al fuego. Para beber un poco de agua aguardaban en el camino a los indios o a las indias, que la traían de pozos para sus casas y tomaban de ella lo que habían menester. Para decir misa hubieron de enviar por el recaudo a uno de sus monasterios con los mozos que traían para curar de los caballos, porque ninguna cosa, chica ni grande, se les dio, ni parecía gente para ello.

CAPÍTULO VI. *En que se prosigue la materia de el pasado, cerca de lo sucedido en el pueblo de Quauhtinchan*



EL SÁBADO SIGUIENTE COMO ESTOS RELIGIOSOS NO tenían noticia de lo que pasaba, porque no había quien de los indios les hablase, ni hiciese rostro, quisieron saber qué pecho tenían los principales y si habían por ventura ablandado alguna cosa. Para esto procuraron hacerlos venir ante sí, dándoles a entender que les cumplía lo que les querían decir. Venidos que fueron a su presencia, el padre provincial, disimulando el mal tratamiento que les habían hecho y mostrando más contento del que tenía, les dijo: Hijos míos, heos hecho llamar para que me digáis qué es lo que nuestro Señor os ha inspirado y puesto en vuestros corazones, para que lo sepamos; porque nosotros ya estamos aquí, como en nuestra casa, y ninguna cosa nos da pena.

Los principales, que oyeron la resolución del provincial, respondieron: No tenemos, padre, qué decirte, ni qué responderte más de lo respondido; si estáis contentos aquí en nuestro pueblo y casa, como estáis, estaos en buen hora que nadie os echa de ella. Y si decís misa, decidla, con la bendición de Dios, que ninguno os lo estorba; pero sabed que nosotros hemos de acudir a Tepeaca y Tecali, adonde están nuestros padres. Allí queremos ir a oír misa y confesarnos y llevar nuestros hijos que nacieren para que los bauticen; porque es grande la afición que tenemos a los frailes de San Francisco y no los hemos de dejar; y mañana domingo veréis cómo no queda hombre en este pueblo a oír vuestra misa, que todos se irán a oírla de sus conocidos padres, porque les quieren mucho y les hacen limosna y les darán cuanto tienen de muy buena gana, y ninguna tienen de recibirnos

a vosotros; por tanto, tened entendido que será tiempo perdido andar en más demandas y respuestas.

El provincial, oyendo estas palabras, tan desnudas y libres, a los indios, estuvo un rato baja la cabeza de puro afrentado; mas disimulando todo lo que pudo al cabo de rato les dijo: Pues tened entendido, hermanos, que aunque respondáis eso y lo que más quisiéredes, todo os lo sufriremos y no nos hemos de ir. Y aunque no nos deis cosa alguna de comer, no por eso hemos de salir de aquí, que ésta es nuestra casa y aquí hemos de quedar; y ahora escribo a mis frailes que vengan algunos de ellos y aquí hemos de estar más de lo que pensáis; por eso consolaos y habed placer.

Dichas estas palabras, sin más respuesta, se despidieron los indios de el provincial y compañero y saliéronse fuera. Y viendo que tan reacios se hacían aquellos religiosos y que ni con palabras, ni obras los podían vencer, para obligarlos a que se fuesen sino que mostrando contento decían que allí habían de permanecer, mal que les pesase, no era poca la aflicción que su espíritu tenía. Encontrados los unos y los otros con el sentimiento, los religiosos, en ver a los indios tan absolutos, y los indios en ver que los religiosos sufrían y callaban, y permanecían; y aunque desde el día que allí se les entraron no se descuidaron en solicitar y prevenir a todos los que sabían ser alguna parte para su favor, entonces se dieron mayor prisa en acudir a unos y a otros.

Muchos de ellos, así principales como populares, vinieron a Mexico a la presencia de el virrey don Luis de Velasco, el Primero, y llevando consigo intercesores con muchas lágrimas le suplicaban no permitiese se les hiciese aquella fuerza de darles, contra su voluntad, los ministros que ellos no querían, quitándolos de la doctrina y manutención de los frailes franciscos que los habían criado. El virrey no sabía qué remedio darles; porque sabía que el mismo provincial de San Francisco los había ya dejado y puesto en manos de frailes de otra orden. Lo que más hacía era remitirlos al mismo provincial de San Francisco, y al obispo de Tlaxcalla, como a su ordinario. A otras muchas personas principales ponían los indios por medianeros para con el provincial fray Juan de San Francisco, para que no los desamparase. Y de los mismos frailes franciscos ninguno dejaron de los antiguos y de los guardianes de las más principales casas, que no les moviesen a compasión, con sus llantos y quejas, y les suplicaban se apiadasen de ellos; pero los frailes, condoliéndose de su aflicción, los consolaban con buenas palabras y les daban cartas de favor para su provincial; al cual ningún ruego ni intercesión podía mover, ni mudar de lo dicho por haber dado su palabra en lo contrario. Al mismo provincial escribieron también en este tiempo los mismos indios de Quauhtinchan muchas cartas, sin cesar, una tras otra, que eran para ablandar las penas, tan sentidas y llenas de lástimas que bastaban a enternecer los corazones más duros que diamantes. El padre fray Gerónimo de Mendieta dice de estas cartas las palabras formales que se siguen: De las cartas de los indios de Quauhtinchan yo hube en mi poder algunas de ellas (porque en aquella sazón anduve

con el provincial algunos días de camino) y las traje conmigo harto tiempo para aprovecharme de los curiosos vocablos y maneras de hablar que contenían en su lengua; pero en sustancia y sentencia me acuerdo que decían estas palabras: Padre nuestro, muy amado, ¿qué pecados tan graves, qué males tan irremediables hemos cometido tus hijos los de Quauhtinchan? ¿Qué malos tratamientos hemos hecho a tus hermanos y padres nuestros, los hijos de San Francisco? ¿Qué ingratitud se ha visto en nosotros? O ¿en qué te hemos ofendido a ti para que nos hayas desamparado así, y enajenado en manos de gente extraña, que no conocemos? Verdad es que malos somos, flacos y desventurados somos; y bien conocemos que como gente de poco saber no acertamos a hacer cosa a derechas, antes en todo lo que deberíamos hacer, a cada paso, faltamos; mas para esto ha de ser la prudencia, paciencia, caridad y reportación de vosotros, que sois nuestros padres. Si nosotros no fuéramos tan miserables, como somos, y si Dios nos hubiera comunicado mayores talentos, no tuviéramos necesidad de padres y maestros piadosos que, como madres, nos llevasen a cuestras en sus brazos, y sin cansarse, nos sufriesen nuestras importunidades y flaqueza, y sin asco nos quitasen los pañales y nos alimpiasen y lavasen las manchas de nuestras miserias. ¿Ahora dejas, padre, de saber quién son los indios? ¿Ahora ignoras nuestra necesidad? ¿Ahora tienes por entender cuán casada y aprobada está la necesidad y voluntad de los indios, con los frailes de San Francisco? ¿Por ventura conocemos otros padres, ni otras madres, ni otro abrigo, ni otro amparo, después de Dios? Pues si esto se consta, ¿qué corazón te basta para decir que nos quieres dejar? ¿Con qué conciencia te atreves a hacernos tanto daño? ¿Cómo puedes usar de tanta crueldad con nosotros que (sin habértelo merecido) nos privas para siempre del bien y consuelo que tienen nuestras almas? ¿No sabes que si una vez quedan de asiento en nuestro pueblo frailes de otra orden, nunca más veremos, ni verán nuestros hijos a nuestros frailes de San Francisco que nos criaron? Si no tienes al presente frailes que darnos para que estén de asiento en nuestro pueblo, no te aflijas por ello, que no te los pedimos, ni te molestaremos por ellos. Y si ninguna vez pudieren venir tus hermanos a consolarnos nosotros tomaremos de muy buena gana el trabajo de ir siempre a Tepeaca o a Tecali a oír misa y a confesarnos y a bautizar nuestros hijos y a lo demás que fuere menester; solamente con que nos des un hábito de los que vestís y usáis, que tengamos por prenda en nuestro pueblo, quedaremos satisfechos, porque aquél guardaremos en señal de posesión y haremos cuenta que aquél es nuestra defensa, para que no entren en nuestro pueblo clérigos, ni frailes de otra religión y nos dará esperanza de que algún día, habiendo más religiosos de vuestra orden, usaréis con nosotros de misericordia.

Éstas y otras muchas cosas más sentidas escribieron los de Quauhtinchan al provincial fray Juan de San Francisco; el cual, aunque en lo interior se compadecía de ellos, por no volver atrás de su palabra no solamente no les daba esperanza de consuelo ni les mostraba en su respuesta alguna blandura, antes, por evadirse más presto de su importunación, despedía

desgraciadamente (a manera de hombre enojado) los mensajeros y no los quería oír, ni ver, ni recibir las cartas que le traían.

Todo esto fue grande angustia, desconuelo y desmayo para los indios, aunque no para hacerles volver punto atrás de su propósito; más antes viendo que ya todo lo tenían andado y que no bastaba para alcanzar del provincial francisco siquiera una buena palabra, y que el otro estaba apoderado de su iglesia y aposento, determinaron (si el negocio pasaba adelante) de desamparar su pueblo y avvicindarse en otros donde residían los frailes de San Francisco; y así, muchos de ellos fueron a Tepeaca a pedir sitios para poblar de nuevo. Y en Tecali (que entonces se ponía en traza el pueblo, por industria de los frailes franciscos, que eran allí recién entrados y hallaron a sus moradores muy derramados y sin concierto) se halló que ochocientos hombres casados de Quauhtinchan habían ya tomado solares para edificar allí sus casas, extrañándose de su propria patria y dejando las casas y tierras que en ella tenían.

Mas no permitió nuestro Señor que la tribulación de estos pobres llegase hasta el cabo, ni durase mucho tiempo, sino que como padre de misericordia y Dios de toda consolación, después de probados por algún espacio, les envió brevemente el deseado consuelo y fue por la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

*CAPÍTULO VII. Donde se concluye la materia de los dos capítulos pasados, y se dice el fin que tuvo la perseverancia de estos indios*



EL PROVINCIAL Y SU COMPAÑERO HABÍA ya nueve días que estaban reacios y permanentes en el pueblo de Quauhtinchan; al cabo de los cuales les pareció que bastaba haber tenido novenas en aquel ermitorio, con tanta soledad, comiendo maíz tostado y desconfiados de que los indios hiciesen más virtud con ellos, de la que hasta allí habían hecho, si no fuese invocando el auxilio de quien los pudiese apremiar; acordaron de ir a la presencia del obispo de Tlaxcalla, que era entonces don fray Martín de Hojacastro, del orden de San Francisco, en cuya diócesi cae aquel pueblo, y querellarse del mal tratamiento que de aquellos indios habían recibido, y pedirle les competiese a que los recibiesen como a religiosos y ministros suyos, y les diesen lo necesario a su sustento y acudiesen a oír sus misas y predicación, y a recibir de su mano los santos sacramentos, pues no tenían otros sacerdotes, pues el provincial de San Francisco les había hecho dejación de aquella su visita.

Acordado esto fuéronse aquella tarde a un pueblezuelo de su visita, llamado Huehuetlan, donde mataron la hambre que llevaban y durmieron aquella noche. Otro día siguiente se partieron para la ciudad de los Ángeles, y llegados allá se fueron derechos a las casas del obispo y le contaron